

49. Algunos comentarios acerca de las diversas manipulaciones a que son sometidas las leches más empleadas en la Lactancia artificial de los niños. Discurso de ingreso en la Real Academia de Medicina (Discurso de contestación del doctor Rafael Rodríguez Méndez), folleto de 64 páginas, 14 de mayo de 1916. (El mismo discurso empezó a publicarse en la *Gaceta Médica Catalana*, n.º 940, año XXXVIII, pág. 121. Continuó en el n.º 941, pág. 164 y en el n.º 942, pág. 207, contestación de Rodríguez Méndez; concluyó de publicarse).

50. Lactancia artificial. Higiene general del lactante. Digestión gástrica e intestinal de la leche (nota primera). Comunicación a la Real Academia de Medicina y Cirugía de Barcelona (original). Anales de la Real Academia de Medicina y Cirugía de Barcelona, tomo 2.º, cuaderno 2.º, pág. 25 y *Gaceta Médica Catalana*, n.º 968, pág. 281.

51. Discusión sobre «Ampliación de los Servicios de puericultura en Barcelona», del doctor Blanc y Benet. Anales de la Real Academia de Medicina y Cirugía de Barcelona, tomo 2.º, cuaderno 7.º, pág. 711.

52. «A los lectores de la *Gaceta Médica Catalana*», número extraordinario 1000, pág. 118.

53. El doctor Rafael Rodríguez Méndez; impresiones íntimas, págs. 343, 44, 45, 46, 47, 48 y 49 del libro publicado en su honor, 1918.

54. Necesidad de intensificar la construcción de edificios escolares en Barcelona (comunicación original leída en la Real Academia de Medicina), *Gaceta Médica Catalana*, n.º 1024, primer semestre, pág. 1993 y n.º 1028, primer semestre.

55. Numerosísimos trabajos consistentes en revistas críticas bibliográficas, reseñas de sesiones académicas, extractos de artículos científicos médicos, traducciones de diversos idiomas, etc. Esos trabajos vieron la luz pública, en su mayor parte, en la *Gaceta Médica Catalana*. Pueden leerse en la colección de este importante periódico.

Sesión del 12 de junio de 1924

## Necrología del Excmo. Señor doctor don Valentín Carulla y Margenat Primer marqués de Carulla, Presidente de la Real Academia de Medicina y Cirugía

Por el DOCTOR DON JAIME GUERRA Y ESTAPÉ, Académico numerario

EXCMO. SEÑOR,  
SEÑORES:

Asombro grande, que nos ha dejado como en suspenso la razón y el discurso, es el que ha producido la desaparición de nuestro estimado amigo el doctor don Valentín Carulla y Margenat.

Aunque presentida la tremenda desgracia, en nada disminuyó la pena; porque todos teníamos el deseo y la esperanza de que la muerte aplazaría la destrucción de una vida por muchos conceptos necesaria.

Resuenan todavía en nuestros oídos las clamorosas voces de multitud de personas, de todos estados y condiciones, al conocer el terrible mal que hizo caer pesadamente al Marqués de Carulla sobre el sillón-presidencial del Paraninfo de nuestra Universidad. La noticia de la infausta nueva circuló rápidamente por todos los ámbitos de la ciudad, siendo unánimes las exclamaciones de dolor al ponderar la pérdida sufrida por la familia, el daño que experimentaría la enseñanza, los perjuicios que sobrevendrían en la vida futura del Hospital Clínico, el menoscabo de nuestra Real Academia... Todo esto

y mucho más se oía en todas partes, y es porque había, como la hay, perfecta unanimidad en apreciar las altas dotes que atesoraba nuestro compañero.

Para cuantos teníamos la suerte de haber intimado en la amistad de Carulla, la pérdida es enorme, irreparable. Hoy, que vivimos en una sociedad materializada, en la que se toman y son reputados por cosas anticuadas y fuera de moda, los más puros sentimientos del corazón, quedan pocos, son contados los caballeros del temple del malogrado amigo, y es, por lo tanto, tan difícil de llenar el hueco que nos ha dejado la carencia de su amistad, que forzosamente ha de quedar vacío el gran sitio que él ocupaba en nuestras afecciones.

El día 15 de octubre, en esta misma casa, estuve un buen rato hablando con él del estado de su salud, y aunque me dijo que había regresado del campo muy mejorado, yo, que unas tres semanas antes le había visto en Viladrau, abatido «como antorcha volcada cuya llama busca el cielo», no creí en su mejoría, por lo que hube de hacerle cariñosas advertencias y recomendaciones que me ofreció seguir: pero no habían pasado aún tres días desde nuestra última conversación, cuando supe, quedando mi espíritu anonadado por emoción dolorosísima, que, cumpliendo con sus afectos para los profesores farmacéuticos y con su cargo de Rector, el estimadísimo amigo había sido herido, como por el rayo, por gravísimo mal, al levantarse para hablar desde la Presidencia, en la solemne sesión de apertura de la Asamblea de la Unión Farmacéutica Nacional, que se celebraba en la Universidad.

Fuí a verle y le hallé postrado en cama, hemipléjico, sin poder valerse y aunque tuve el consuelo de saber que había recibido los últimos sacramentos, por él pedidos, salí afligidísimo de su lado, quedándome solamente una levisísima esperanza. Desgraciadamente, las garras de la muerte le habían aprisionado con tal fiera que, ni los pródigos cuidados y desvelos de su atribulada esposa e hijos, ni la inteligencia y celo de los médicos que le asistieron, fueron bastantes para aminorar sus estragos, y en la noche del domingo, día 21 de octubre, el doctor don Valentín Carulla exhaló el último suspiro.

El cadáver del Marqués de Carulla fué conducido a su última morada el día 23 del mismo mes, constituyendo el luctuoso acto una grandiosa manifestación de duelo, tanto por lo que estaban numerosamente representadas todas las clases sociales en ella, como por la enorme multitud que la presenciaba, apretujándose en todas las calles y plazas que siguió el fúnebre cortejo.

La Real Academia de Medicina, que sentía gran afecto por su Presidente y tuvo conciencia exacta de la enorme pérdida que sufría, se adhirió y estuvo representada por la casi totalidad de los señores Académicos, en todos los actos que acabo de relatar.

Con la muerte del doctor Carulla ha desaparecido un gran hijo de Cataluña, en período de su vida en el que cabía esperar aún nuevas manifestaciones de su portentosa actividad, en todas aquellas obras en las que demostraba, cotidianamente, su pericia y su saber, con una constancia digna de loa para llevarlas a la mayor perfección. Una muestra de ello fué cuanto hizo en favor de esta Real Academia, en la cual mi querido amigo dejó pruebas manifiestas de su gran cariño por la Corporación desde que entró como Académico de número y singularmente, en los ocho años que ocupó la presidencia.

Y la Academia, siguiendo la piadosa y tradicional costumbre de manifestar públicamente su aflicción cuando pierde a uno de sus miembros, quiso honrar la memoria de quien fué laborioso Académico numerario y preclaro Presidente, dedicándole una sesión solemne como demostración externa de su dolor.

El cariñoso afecto que sentía por Carulla me hizo aceptar, sin vacilación alguna, el honroso encargo de esta Real Corporación de hacer patentes los méritos del malogrado amigo, sin darme cuenta, en aquel momento, de mi pequeñez para llevar vuestra representación en este solemne acto; suerte y no escasa fué, que, para ayudarme en mi misión, tuvieseis el acierto de nombrar a persona de tanto valer como mi distinguido amigo doctor Soler y Batlle.

Con todo, aunque muy emocionado, cumplí mi voluntaria tarea en esta velada necrológica, animado por las facilidades que hallaré en la manera de ser de mi querido amigo Carulla, pues no he de crear ni inventar nada, para acrecentar su figura, bastando que yo atine a describiros sus bellas cualidades con la exactitud y fidelidad del historiador.

Sin ningún cristal de aumento, sólo a simple vista, he de presentaros en bosquejo el retrato de lo que fué nuestro estimado compañero, teniendo la seguridad de que si acierto en la descripción, aun omitiendo rasgos muy dignos de apreciarse, veréis, sin falencia, cuánto valía el compañero que hemos perdido, que se le siente tanto más grande conforme nos daña y duele más su ausencia.

Pero, aunque mi voluntad es mucha, tiemblo siempre ante el temor que me inspiran mis escasas dotes, y si el retrato no sale tan bien y de tan exacto parecido como yo quisiera, culpado de ello a la torpeza del dibujante, jamás a los buenos rasgos del original; por lo que os ruego que hoy más que nunca, renovéis vuestras bondades conmigo, otorgándome vuestra mayor benevolencia.

\* \*

Es cosa indisputable que, entre el conjunto de hombres de rasgos y condiciones parecidos, dentro de una inmensa variedad, existen seres que descuellan sobre esta masa enorme que llamamos vulgo, porque llevan en sí condiciones morales, intelectuales o físicas que les distinguen perfectamente de los demás. Entre los que sobresalen se hallaba el doctor Carulla, quien gozaba de una personalidad bien caracterizada. En lo físico, todos tenéis presente al varón de cuerpo robusto, alto, bien proporcionado, algo obeso en sus últimos tiempos, cuyos rasgos fisonómicos de correcto y varonil aspecto, de poblada barba y de porte distinguido y reposado; conjunto de condiciones que por sí solas ya inspiraban respeto. Su voz era fuerte y clara, de palabra fácil aunque no muy vehemente, pero justa y precisa para dar fiel idea del concepto, y todo esto al servicio de un carácter serio, en su conducta, pero afable y dúctil a la par: sencillo siempre, deseoso de los goces del hogar doméstico, en el que halló siempre cariñoso acogimiento en toda suerte de alegrías o firme amparo en las múltiples contrariedades y decepciones de la vida. Muy caballero en el trato social, se adueñaban de él sus enfermos, a quienes prodigaba todas las facultades de su inteligencia, las bondades de su corazón y las energías de su cuerpo.

Afable con sus amigos, que éramos muchos; atento siempre para complacerles mientras estuviesen en su mano los medios de otorgarles, decorosamente, una atención o un favor; con igual o aún mayor cariño distinguía a sus discípulos. Ya dije que su figura imponía respeto por su aspecto de seriedad, pero en cuanto llegaba a sus oídos el relato de alguna pena o aflicción ajenas, se le veía palidecer y acaso temblarle la voz y era de ver entonces la dulzura con que procuraba tranquilizar o consolar al afligido: en la intimidad se le hallaba siempre con corazón de niño, gustando de la alegría de cuantos departían con él. En cambio, era parco en relatar hechos que pudiesen disminuir la estimación de los ausentes o que pudiesen entristecer a quienes con él dialogaban, siendo siempre propicio en atenuar las faltas del prójimo; parquísimo en exteriorizar los disgustos propios, sólo hacía depositarios de ellos a sus amigos, cuando estaba muy seguro de que el depositario no sería vocero de sus aflicciones.

Le conocí siempre y le tuve por un buen cristiano, atento siempre a los mandatos de nuestra Iglesia, sin hacer alardes de su obediencia. Era caritativo sin afectación, teniendo presente, como católico práctico, que la caridad es el lazo de las almas cristianas y que ante Dios todos somos hermanos.

En nuestras relaciones íntimas había tenido ocasión de alabar su patriotismo, patriotismo que se demuestra sirviendo con cariño y fidelidad a la tierra que nos vió nacer. Su intenso amor a la patria, a la familia y al prójimo, fué el poderoso acicate que movió a Carulla en todas sus empresas.

Aun aquellos que tenían escaso trato con él apreciaban pronto su cultivada inteligencia, por lo cual no tardó en imponerse y transparentarla en todos sus escritos y actos públicos.

La índole de este trabajo no me permite la extensión necesaria para que yo pueda perfilar con todos sus detalles la personalidad de nuestro compañero, y es por esto que os ruego aceptéis como semblanza este boceto que, con mano tosca e inexperta, os acabo de trazar del doctor Carulla y Margenat como hombre.

Estudiemos ahora al hombre de ciencia, al médico, al maestro y al académico; hagamos un resumen sintético de sus méritos y de su extensa e intensa labor, que todo ello le dignifica.

\* \*

Nació don Valentín Carulla y Margenat en Sarriá de Barcelona, en 5 de agosto de 1864, época en la cual eran los niños menos bagajeros de libros que ahora, por cuyo motivo, menos enciclopédicos, salían de la escuela elemental con buenos y firmes conocimientos, los suficientes para que un niño aplicado pudiese terminar el Bachillerato con preparación bastante para comenzar una carrera a los doce o a lo más a los catorce años. Doce tenía Valentín cuando terminó el suyo, y cinco años más tarde concluyó la carrera de Farmacia.

Como alumno de dicha Facultad hizo prácticas en las farmacias de los hermanos don Segismundo y don Eusebio Bofill, y su inteligencia y su laboriosidad fueron tantas que, siendo aquéllos escrupulosísimos en el despacho, al poco tiempo confiaron todo el cuidado de sus casas al joven farmacéutico.

Pero pronto Carulla sintió estrecho el campo en que se movía y comenzó a estudiar Medicina con singular aplicación, de suerte que en el primer curso y siguientes de nuestra Facultad, obtuvo notas de sobresaliente en todas las asignaturas, con ocho premios en otras tantas, siendo pronto alumno interno por oposición, obteniendo también la calificación de Sobresaliente al recibir el grado de Licenciado en Medicina. Por su aplicación y brillante hoja de estudios, su nombre fué inscrito en el Libro de Honor de nuestra Universidad. Poco tiempo después, 9 de octubre de 1895, recibió el grado de Doctor en la Universidad de Madrid, con la nota de sobresaliente por unanimidad. Como tesis para el Doctorado escribió una hermosa y bien pensada memoria, eligiendo como tema «El azul de metileno en Medicina. —Individualidad clínica del mismo» y, aunque el autor, con encantadora modestia, afirma que no puede dar conclusiones definitivas y con una sinceridad poco común sólo se vale de las observaciones bien comprobadas para el desarrollo de su memoria, aun hoy, transcurridos veintiocho años, es de gran utilidad su lectura.

Llegado a este punto, tengo que retroceder un poco en la relación cronológica de los trabajos de mi estimado amigo, para que se comprenda bien cómo llegó a la más alta jerarquía de nuestra Universidad. Ayudante de Técnica anatómica por oposición, desde 1887 a 1890, en 1891 ganó las oposiciones a la Ayudantía de clases prácticas de las cátedras de Fisiología, Patología general y Terapéutica, siendo después Profesor auxiliar de la Facultad, desempeñando, en diferentes cursos, las cátedras de Patología general, Terapéutica, Higiene, Fisiología, Clínica médica y Medicina legal.

Conocedor como pocos de la Terapéutica, y por su práctica anterior de la Farmacia, de los errores y disparates que a veces se leen en algunas recetas, dió por aquellas fechas un curso libre de *Arte de formular*, que se vió concurridísimo.

Tanta y tan variada labor docente, servida por un gran caudal de conocimientos, había de obtener su premio, y éste fué el ganar, por oposición, en 1904, la cátedra de Terapéutica de la Facultad de Sevilla, que le dió suficientes méritos para su traslado a la misma cátedra de Barcelona, que ha desempeñado con lucimiento y provecho pedagógico hasta su muerte, como veremos luego.

\* \* \*



Apoyado por una cultura extraordinaria en ciencias naturales, base de los estudios médicos, poseía grandes conocimientos de medicina, lo que le hacía trabajar con fé y constancia, con criterio clínico bien definido y firme; esclavo de sus clientes y cuidadoso con minuciosidad de los enfermos, logró pronto un crédito y una estimación públicos bien notorios, alcanzando una reputación envidiable, que éste es el premio más agradecido de todo médico que posee los sentimientos y las creencias espirituales del estimadísimo amigo.

Carulla había aprendido de buen maestro que «no basta, no, que el profesor conozca los más recónditos secretos de la ciencia, que si no es probo, si no viene protegido por la armadura de una «conducta acrisolada, difícilmente podrá representar en el seno de la sociedad el brillante y humanitario papel que tiene señalado.

«Guárdese el médico de tratar con exquisita cortesanía a unos y con brusquedad notoria a otros, sólo porque no han nacido en la misma cuna; para el médico de corazón, para el que en su pecho sólo anida sentimientos generosos, no hay ley de castas; todos los hombres son iguales en el lecho del dolor; sólo se trata de hermanos que gimen, no de categorías sociales diferentes...» (1).

El doctor Carulla, como maestro, era querido de sus alumnos, a quienes, como ya dije, él correspondía con singular cariño, y aunque luego se os dará noticia de su gran amor al magisterio y al Hospital Clínico, algo he de decirlo yo también para dar unidad a esta reseña necrológica, anticipando por el momento que fué tanto su amor a la cátedra que bien pudo servir de modelo como maestro.

A pesar de sus muchas obligaciones, ora en la consulta particular al principio de su carrera, ora en las inherentes al cargo de administrador del Hospital Clínico y del Rectorado posteriormente, sobresalió siempre en el doctor Carulla su gran amor a la cátedra y a la enseñanza, como es público y notorio.

Haciendo caso omiso de las distintas asignaturas que había explicado como profesor auxiliar, debo decir que siempre demostró preferencia y afición a la Terapéutica. Nuestros afectos nacieron precisamente de aquellas sus simpatías y las mías para tan utilísima rama de la Medicina. Estaba terminando Carulla la carrera de Farmacia y andaba yo muy adelantado en la de Ciencias físico-quí-

(1) Doctor don BARTOLOMÉ ROBERT: «Sumario de los prolegómenos de Clínica médica.» Barcelona, 1881, páginas 24 y 25.

micas, estudiando en la Facultad de Medicina la asignatura de Terapéutica; además, por aquellas fechas recibía yo lecciones prácticas de Botánica, en el jardín botánico de nuestra Universidad, de persona peritísima, sin carrera profesional (1) pero con grandes conocimientos de los vegetales, y como por entonces conocí a Carulla en la botica de don Segismundo Bofill, pronto comenzaron nuestras conversaciones sobre materia médica, y dándonos lecciones recíprocas de química y de botánica, que sirvieron para acrecer nuestros conocimientos, aumentando a la par nuestras simpatías, hasta convertirse en una cariñosa y franca amistad. Muclísimas veces, al leer algunas recetas en las cuales observábamos errores de incompatibilidad química y de acción fisio-terapéutica, nos habíamos confirmado uno y otro en la necesidad de conocer a fondo la terapéutica para ser un buen médico, sirviéndonos, además, el error descubierto, para alguna de nuestras sabrosísimas pláticas, que, al recordarlas hoy, parece me trasladan a aquella edad llena de ilusiones y de esperanzas.

He traído a cuento lo que acabo de decir, para demostraros que las aficiones de Carulla por la terapéutica arrancaron ya de su mocedad y así se explican la inclinación afectuosa y el entusiasmo que sintió por conocer la asignatura y enseñarla. Para tener idea clara de cómo era sentida y enseñaba la asignatura por nuestro amigo, basta hojear un programa de los explicados íntegramente por el Maestro y en seguida se ve como no omitía materia alguna que pudiese interesar al médico práctico, en todos los ramos de la terapéutica.

Un buen número de lecciones—treinta aproximadamente—las dedicaba a la terapéutica física y aun hubo cursos académicos en los que organizó cursillos complementarios sobre aquellas materias más especializadas: electroterapia, radioterapia, fototerapia, etc., procurando dotar a nuestro Hospital Clínico y a las cátedras, de excelente material, de suerte que nuestra Facultad de Medicina no anduviera zaguera a las más renombradas de otras partes.

La farmacología, que desde luego constituía la mayor parte de su programa, era explicada con suma sencillez y claridad, según me han corroborado muchos que han sido sus discípulos; claridad y sencillez tanto más necesarias en cuanto tenía que luchar con la pobreza de conocimientos preliminares de Botánica y de Química con que suelen llegar los alumnos a la cátedra de Terapéutica; por este motivo, aunque él era devoto de la complejidad farmacológica, en la fórmula médica aconsejaba siempre a sus discípulos una gran simplicidad en las recetas al empezar el ejercicio de la profesión, ya que procediendo así no era tan fácil que tropezasen en el escollo de las incompatibilidades de todo orden.

Como complemento de la enseñanza, se daban por el profesor auxiliar de la asignatura algunas lecciones prácticas referentes a ciertos preparados oficinales y diferentes conocimientos de laboratorio muy necesarios a los escolares. Ponia especial esmero en la explicación de las grandes medicaciones, enseñando, en la forma más concisa, todo lo relativo a su origen, modo de acción, formas de administración y dosis.

Respecto a los medicamentos nuevos o a los procedimientos terapéuticos de última hora, daba el consejo de que los mirasen siempre como una moneda dudosa por todos lados y después guardarla algún tiempo, para asegurarse bien, con calma, de si era o no de buena ley.

Lamentábase con frecuencia, y con muchísima razón, de que no hubiere una cátedra de clínica terapéutica, en donde los estudiantes aprendiesen prácticamente la acción de los medios terapéuticos y su manejo, en las diferentes enfermedades; pues cuando los alumnos aprenden terapéutica, ni siquiera conocen el nombre de la mayoría de las enfermedades y luego ya no se les vuelve a hablar de ello (salvo loables excepciones) en todo el transcurso de sus estudios. Bajo este concepto consideraba más ventajoso el plan antiguo, en el que se hallaban separadas, en cursos diferentes, la patología de la clínica médica.

Entre los consejos que daba el doctor Carulla a sus discípulos, no dejaré de mencionar la insistencia con que les recomendaba el estudio de la Patología general, pues decía que el alumno que logra un perfecto conocimiento de ella y de la Terapéutica y Arte de recetar, ya puede considerarse médico. Uno de sus deseos era que los profesores de Patología general tuviesen entrada con sus discípulos en todas las clínicas del hospital y no estar limitada su enseñanza a una sala, con escasos enfermos y aun, muchas veces, poco a propósito para la citada enseñanza.

El Marqués de Carulla daba la merecida importancia al estudio de la Hidrología médica y de un modo especial a la de nuestro país, y como detalle práctico decía a sus discípulos que al aconsejar una cura hidromineral fijasen su atención en la elección del balneario, pues en su elección gravitan una porción de argumentos, nacidos muchas veces de conveniencias sociales, caprichos o gustos particulares, lo que el médico no ha de olvidar antes de emitir su opinión, pues, contrariando al enfermo, su curación podía malograrse y es por esto que aconsejaba que dentro del grupo determinado de aguas minerales indicadas para la enfermedad del paciente, se procurara averiguar, indirectamente, por qué manantial demostraba más simpatías el enfermo.

(1) El jardinero de la Universidad, señor Chaves.

La última lección de cada curso hablaba del consuelo moral del enfermo como agente terapéutico. Esta lección de psicoterapia la fundamentaba en el aforismo de que el médico debe curar o aliviar cuando pueda, y consolar siempre. Y a este propósito añadía que algunas veces curaremos a nuestros enfermos, que en muchas ocasiones les aliviaremos con todos los agentes que estén a nuestro alcance, los cuales es posible, que, en algún caso, no podrán emplearse por existir alguna contraindicación: pero lo que podremos y debemos hacer siempre es consolar al enfermo, pues esta terapéutica moral nunca está contraindicada. Y añadía: un paciente incurable, en el que se han empleado todos los recursos, y agotada la acción de los mejores medicamentos y agentes terapéuticos de toda clase, siempre queda el recurso del consuelo moral, y unas palabras oportunas del médico en el que el pobre enfermo ha puesto su confianza, pueden ayudarle a soportar los dolores y molestias de la cruel dolencia. Insistía mucho en este consejo ante el temor de que esté algún tanto olvidado en nuestros días, recomendando muchísimo que jamás se prescindiese de él, en pro del bien y de la caridad del prójimo.

Expuse estos detalles, sintiendo que el lugar y el tiempo de que dispongo no me permitan daros otros muy interesantes, porque con ellos os doy una buena muestra de cuanto valía mi estimado amigo como maestro y su gran riqueza en caritativos sentimientos. Lástima grande que no hayan quedado escritas sus lecciones; es verdad que cada año escolar representa una obra completa, cuyos capítulos y páginas están formadas por los conocimientos adquiridos por numerosos alumnos que retienen y guardan, como un tesoro, las enseñanzas del Maestro. Clínico-terapeuta por temperamento, sin esfuerzo alguno procuraba exponer con la mayor claridad los problemas fisio-terapéuticos más arduos, que no habría llegado a su altura si todo el material acumulado por sus amplios estudios no lo hubiese sabido utilizar de mano maestra.

Ya dije la prudencia aconsejada a sus alumnos para aceptar toda nueva medicación, por cuanto comprendía la facilidad con que podrían alejarse de su fin y es por esto que él cuando no veía bien expedito el camino, cuando tropezaba con un problema clínico-terapéutico, meditaba mucho tiempo con atención firme y aun apasionada, sometiendo a una crítica severa cuanto elaboraba su espíritu.

Ejemplo de cuanto digo son sus *Consideraciones sobre el Arte de formular* que escribió para su ingreso en esta Academia y que hoy, después de cinco lustros, aun son de actualidad.

Amante de los conceptos claros, sin ser empañados por la más leve sombra, no titubeaba en asimilar los conceptos ajenos, pero sometiénolos antes a una discusión severa para separar lo bueno de lo malo, lo bien comprobado de lo dudoso, y en cuanto se hallaba en posesión de una verdad, la seguía con perseverancia, pero sin abandonar la prudencia y con el mismo poder de reflexión.

Es por todo cuanto acabo de decir que el doctor Carulla explicaba y enseñaba con fé, lo que producía una impresión indeleble a sus discípulos, siendo muchos los que me han dicho lo agradecidos que quedaron.

En todos los trabajos que deja publicados, y que para no cansaros pondré en nota aparte, campean su buen juicio y el deseo de que sea de utilidad práctica su lectura.

\* \* \*

Decíame, a poco de tomar posesión del Rectorado, que aceptaba el cargo de Rector de nuestra Universidad animado por el deseo de fomentar la enseñanza y de un modo particular la que se llama comúnmente la primera, que, en muchas publicaciones de Cataluña, y en el resto del Distrito universitario, era, y aun es, escasa y pobre, pues en diez años no se corrigen completamente errores y deficiencias tan añejos.

El bajo nivel de la cultura general de nuestro país depende en mucho de la carencia de escuelas, de material pedagógico y la escasez de maestros dada la densidad de la población. Y todos cuantos tenéis la bondad de escucharme, sabéis la constancia y el ardor de nuestro malogrado amigo en recorrer ciudades, villas y lugares, estimulando a sus habitantes y Ayuntamientos para la creación de locales decorosos y aptos para escuelas.

Carulla comprendía muy bien que sin material pedagógico y sin buenos edificios para la enseñanza no era posible que los maestros sintiesen estímulo para el trabajo y los escolares tuviesen la satisfacción del bienestar y el amor necesarios, que no podían sentir por lo que no existía o reunía deplorabilísimas condiciones. Así es que el doctor Carulla, sin darse un día, ni un momento de tregua, iba conquistando voluntades pueblereñas, y de sus amistades los medios económicos necesarios para la fundación de nuevas escuelas, llegando, con su incansable actividad, a establecerlas en los sitios más apartados de nuestra región.

Nada le importaban las fatigas ni los gastos de los viajes. El los emprendía gustoso hacia donde sabía que no existía escuela o si la había no era en local sano y decoroso. Ya en el pueblo visitado, a unos pedía terreno, a otros materiales para el edificio escolar, y a todos procuraba inculcarles su entusiasmo para la bienhechora obra, con el fin de que contribuyesen a ella con su dinero o con su trabajo personal. Para la construcción de algunas de las nuevas escuelas hubo de avalar el presupuesto con su firma, anticipar el pago de algunas obras o aun contribuir, de su peculio particular, al importe del nuevo edificio, o del mueblaje o del material para la enseñanza.

Tuve el gusto de acompañarle en la inauguración de una escuela en el corazón de Las Guilleras (San Sadurn de Noya) y allí le vi rebotante de alegría, rodeado del Ayuntamiento, del párroco, del maestro, de los alumnos y de los lugareños de aquel rincón de nuestras montañas, al ver terminado el edificio de las nuevas escuelas. Acabada la religiosa ceremonia de la bendición del nuevo local por el párroco, el doctor Carulla se dirigió a unos y a otros con palabra sencilla y elocuentísima por su misma sencillez, haciendo comprender a todos la misión que cada uno tenía con respecto a la nueva escuela y el cuidado y gran esmero con que debían procurar su conservación y el amor que todo el pueblo debía sentir por ella. Terminado tan hermoso acto y ya fuera del local, hubo de explicarme las mil y una contrariedades y tacañerías que había tenido que vencer y que yo ya conocía perfectamente, por haber estado pocos días antes en aquel pueblecito, que disponía antes para la instrucción primaria, de una sala y alcoba que prestaba un vecino y en las cuales la pobreza del mueblaje escolar era superada por la escasez de luz y la abundancia de frío, que en invierno helaba pies y manos de los escasos escolares que a ella asistían.

También estuve en la inauguración de las escuelas de Viladrau, en donde pasé un día feliz deleitándome en el gozo y la alegría del amigo querido, que contemplaba, lleno de satisfacción, como por sus iniciativas y por su constante colaboración se había terminado y amueblado un magnífico edificio escolar y como era bendecido y aclamado por todo un pueblo al que Carulla quería tanto (1).

Verdadero apóstol de la bellísima idea, impulsora de sus actividades, no dejó su culto ni un solo día, y sería cosa que os fatigaría la mención detallada de las escuelas que fundó o mejoró (2) y de los actos culturales en que intervino, de tal suerte que, si la muerte, traidora, no hubiese puesto fin a su obra, él la habría completado poniendo la instrucción primaria de Cataluña a la misma sino a mayor altura en que se halla en los países que más han cuidado de ella.

Algunos pueblos, entusiasmados por su labor, le nombraron hijo adoptivo, en otros pusieron el nombre del Marqués de Carulla o del doctor Carulla a alguna calle o plaza, y en muchísimos queda un monumento perenne que recordará, siempre, a las generaciones venideras, la magnífica labor de nuestro estimado amigo: la nueva escuela.

En el régimen de nuestra Universidad y en sus disciplinas quedan muchos recuerdos de la buena actuación del doctor Carulla y en otras enseñanzas influyó cuanto pudo para su progreso.

\*  
\* \*

Luego tendréis ocasión de oír de autorizada y elocuente palabra qué hizo y cuánto trabajó para el Hospital Clínico el Marqués de Carulla; pero algo he de recordar sobre este punto, aunque sea muy poco, por serme conocido por voz del querido amigo.

El Hospital Clínico siempre fué gran manantial de fatigas, disgustos y dolores para nuestro estimado compañero, en donde sólo halló el placer de hacer bien y el gozo de salir airoso en las dificultades de todas suertes que se le amontonaban para impedir que él viese próspera a la institución de la que tantos beneficios él esperaba y obtuvo, para auxilio del prójimo desvalido y enfermo, y para la enseñanza de nuestra Facultad.

Desde luego cabe recordar cómo tropezaba constantemente con la penuria de medios para cubrir un presupuesto siempre creciente en tiempo normal y sobre todo durante los años en los cuales ha sido Europa teatro de la más calamitosa y espantosa tragedia, en la que hemos visto diezmada y enloquecida, a toda la humanidad. Y como si la terrible guerra mundial no hubiese afectado de sobras a la buena marcha del Hospital con la carestía de medicamentos y el enorme aumento de su valor y la es-

(1) A los 17 años tuvo una enfermedad pulmonar que le postró física y moralmente: siguiendo cariñosos consejos se trasladó a Viladrau para hacer vida de reposo, habitando la casa solariega conocida por *casa del Herbolari*, que pertenecía a su amigo y jefe don Eusebio Bofill. Permaneció 16 meses en aquella casa en donde recuperó la salud y robustez necesarias para seguir su vida de trabajo. Allí adquirió amistades y afectos para el pintoresco pueblo en el que halló salud del cuerpo y alma.

(2) A 120 asciende el número.

casez y alto precio de los alimentos y aun otras perturbaciones locales que dificultaban el aprovisionamiento de todo lo menester, hubo de añadirse la aparición de dos epidemias en Barcelona, que tuvieron constantemente llenas a rebosar las salas del Hospital: me refiero a los años 1914 y 1918.

Pero no era Valentín Carulla de los que se apocan y achican cuando se les presentan dificultades para llevar a término una obra que sienten y reputan grande, y bien puede afirmarse que jamás desfalleció su ánimo aunque viese aumentar pasmosamente el déficit del Hospital Clínico.

La esperanza nunca le faltó, y como era hombre de fe y sentía la caridad, fortalecido con estas virtudes y poniendo de su parte su amor al trabajo, siempre le vi optimista tratándose de subvenir al crecimiento continuo de las necesidades del Hospital. Con todo, vino un momento en el que se le vió entristecer como si temiese por su obra, pues los ingresos para el sostén del Hospital quedaban muy zagueros de los gastos; pero irguiéndose en majestuoso gesto, escribió un sentido artículo, en un periódico muy leído de Barcelona, y a los pocos días se le veía risueño y alegre, a pesar de estar enfermo de doloroso mal, al contemplar como todas las clases sociales, tanto de Barcelona como del resto de Cataluña, acudían a su llamamiento para enjugar las deudas que ahogaban al Hospital.

Sólo conociendo íntimamente al doctor Carulla puede aquilatarse la alegría de que estaba poseído, durante aquellos días, nuestro malogrado amigo. Estoy segurísimo de que jamás cuidó de su hacienda particular con el esmero y rectitud con que veló y cuidó de la hacienda del Hospital Clínico. Yo que sé cómo sentía Carulla, tengo la firme convicción de que si él pudiese ahora mostraros sus sentimientos, os diría que de todos los honores que acá recibió, de todas las alabanzas que han brotado de innumerables corazones en elogio de sus obras, el honor que más estima y agradece es que el Hospital Clínico siga bien atendido y se haya colocado su busto entre los enfermos del Hospital y los estudiantes de nuestra Facultad, y entre ellos incluyo maestros y discípulos; sí, en aquel bronce cuyos ojos cinceló el artista y miran hacia las entradas del Hospital y de la Escuela de Medicina, no os quepa duda, está representado el grande, el inmenso cariño que sentía nuestro amigo para los pobres y para el progreso de nuestra Facultad de Medicina.

\* \* \*

El doctor don Valentín Carulla y Margenat fué elegido Académico de número en 15 de diciembre de 1896, y, aunque él no anduvo remiso en escribir su memoria reglamentaria de entrada, la presentó a su debido tiempo y fué aprobada en seguida por la Sección correspondiente, lo cierto es que no hizo su entrada solemne en esta Real Corporación hasta el día 11 de enero de 1901, en cuyo acto fué apadrinado por el doctor Giné y Partagás, de tan buen recuerdo para cuantos fuimos sus discípulos, quien se prestó placentero para escribir el discurso de contestación al del doctor Carulla, al objeto de que no sufriese nuevas demoras la entrada de nuestro compañero en la Academia.

De cómo el doctor Carulla cumplió sus deberes académicos, dejando a un lado la hermosa memoria de entrada a que ya me referí, dan muestra los libros de actas de nuestra Secretaría, en los que consta su asistencia asidua, su colaboración en trabajos y comisiones diversos, la intervención razonada y oportuna que tuvo en muchas discusiones, en donde brillaba siempre su clara inteligencia y su buen juicio, siendo incansable para todo aquello que podía contribuir a la mayor actividad o mejor lustre de nuestra respetable y respetada Academia. Y como buena prueba de cuanto digo, habiendo muchas más, me bastará, ahora, el recordaros cómo se prestó gustoso a escribir los discursos de contestación a los de entrada de los doctores Oliver Rodés, Proubasta, Cirera, Peyrí, Coroleu, Cardenal Navarro, Comas y Roig Raventós, cuyos señores Académicos, tratando de muy diversas materias en sus respectivos trabajos, hallaron la respuesta reglamentaria, atinada y concienzuda, de quien tanto sabía honrar a nuestra Corporación.

Pero cuando se distinguió aún más en esta casa fué después de elegirsele Presidente en 15 de diciembre de 1914. A pesar de los muchos cargos que sobre él pesaban, durante ocho años seguidos no dejó un momento de cuidarse de la Academia, preocupándose siempre de su mejora intelectual y material. Veraneando él en Viladrau y yo en San Julián de Vilatorrada, solíamos viajar en el mismo tren, ora viniendo a Barcelona, ora regresando a nuestras casas veraniegas, y no recuerdo que en nuestras conversaciones sobre cosas y motivos variados, dejase un solo día de hablarme del Hospital Clínico y de la Real Academia de Medicina. En aquellos coloquios me enteraba de sus proyectos para el próximo curso académico, y muchas veces de las gestiones que había hecho en Madrid para alcanzar una casa a propósito para que la Academia pudiese desenvolver sus actividades con mayor holgura. Pero mi generoso amigo no pudo lograr el cumplimiento de promesas que había recibido, de construir un nuevo

edificio sobre este mismo solar, para que esta antigua Academia tuviese habitación más decorosa y amplia; y al ver que nunca llegaba la eficacia de aquellas promesas, hizo todo cuanto estuvo a su alcance para mejorar esta viejísima casa, y si aun falta mucho por hacer, la tenemos hoy en condiciones tales que borran por completo el estado de ruina y de pobreza que antes tenía.

El doctor Carulla tenía continuamente la atención fija en todo cuanto podía contribuir al mayor brillo y buena reputación de esta gloriosa sociedad, y ni la crudeza del tiempo unas veces, sus muchas ocupaciones siempre, y acaso agudos dolores que sufría cuando la gota le atormentaba, nunca fueron valla suficiente para impedir su asistencia a las sesiones de la Academia. Quien revise los libros de Actas verá que son contadísimas las sesiones que no fueron presididas por él en los ocho años que ocupó tan honrosa y dignamente la Presidencia.

En esta, sin ningún esfuerzo, hizo sentir siempre su valer científico y su autoridad personal, y seguramente jamás dejó de ser querido y respetado por todos.

Era de ver cómo dirigía las discusiones más empeñadas: con una calma aparente y sin molestia ni ofensa para nadie, sabía hacer un resumen tan breve y conciso de los distintos y a veces encontrados pareceres que se habían manifestado en una discusión, y daba una fórmula tan precisa y clara para llegar a un acuerdo, que siempre lograba, si no una unanimidad perfecta, el acoplamiento de una gran mayoría de voluntades.

Por tantas y tan bellas bondades amontonadas en nuestro amigo, nos duele más cada día su ausencia, y es por esto que el luto de la Academia será muy duradero.

\* \*

Dije que entre las bellas cualidades de Carulla resaltaba su amor al bien, y es por esto precisamente que sobresalió en sus obras de caridad y de enseñanza, que también es obra de caridad, anteponiendo constantemente el interés común a su voluntad propia.

Entre el coro de alabanzas que en vida y sobre todo después de su muerte se ha oído por todas partes, acaso haya habido alguna voz disonante, envidiosa de su mérito, por aquello de que

Del más hermoso clavel  
pompa del jardín ameno,  
el áspid saca veneno;  
la oficiosa abeja, miel (1).

Sé que tuvo envidiosos ¿quién se libra de ellos? No tengo noticia de que tuviese enemigos: pero puedo asegurar que él no fué enemigo de nadie, ya que no podía serlo quien por sus sentimientos no conoció nunca el odio: antes al contrario, como buen cristiano que era sabía olvidar las ofensas y perdonar los agravios.

Recibió grandes honores y nunca le vi envanecerse de ellos.

En su escudo nobiliario campea como divisa la frase TRANSIT BENEFACIENDO. Sí, *hizo el bien* y así vivió nuestro querido compañero dándose todo él para el bien de la Patria, de la familia, de la Ciencia, de los enfermos y de todos quienes sufrían.

Todo cuanto fué el Marqués de Carulla lo conquistó por su firmeza y perseverancia en el trabajo, con su solo esfuerzo, por su inteligencia, por sus méritos y por sus virtudes, llevando una vida de singular actividad, y esto forzosamente había de producirle un desgaste prematuro en sus energías físicas, aunque jamás, ni en el lecho de muerte, decayesen las morales. Así vivió el doctor Carulla dándose todo él para la Patria, para la Ciencia y para los pobres, siendo para nosotros excelente compañero: procuremos imitar su conducta tomándole por ejemplo.

Y murió como un buen católico, de la manera que siempre lo había sido: veneremos su recuerdo. ¡Descanse en paz!

(1) P. COLOMA: «Pequeñeces.»

## Publicaciones del doctor don Valentín Carulla y Margenat

Fundador y Director de la Revista *Therapia*, que vió luz en 28 de febrero de 1909, hasta 15 de diciembre de 1919.

Aplicaciones de la crioscopia en las investigaciones físico-químicas. (Discurso de contestación al doctor Oliver Rodés en su ingreso en la Real Academia de Medicina.)

Higiene del parto. (Discurso de contestación al doctor Proubasta en su ingreso en la Real Academia de Medicina.)

Iones y electrolisis medicamentosa. (Discurso de contestación al doctor Cirera en su ingreso R. A. Medicina.)

La electroterapia en el tratamiento de la obesidad. (Comunicación al IV Congreso Internacional de Fisioterapia. Berlín, 26-III-1913.)

Datos y estadísticas pertinentes al Hospital Rudolf Vichow, de Berlín.

Mecanismo farmacodinámico de las aguas medicinales naturales.

Orientaciones actuales de estética dermatológica. (Discurso de contestación al doctor Peyri a su ingreso en la Real Academia de Medicina.)

La enseñanza de la Terapéutica.

Intoxicación aguda-mórfico-atropínica, por vía hipodérmica; curación.

La locura en la historia de la humanidad. (Discurso de contestación al doctor Coroleu a su ingreso en la Real Academia de Medicina.)

La Farmacopea española desde el punto de vista patológico.

Prólogo de la obra del doctor Cantarell «Las Psiconeurosis».

Agua medicinal natural, de Santa Coloma de Farnés.

De Higiene Röntgen. (Discurso de contestación al doctor Comas a su ingreso en la Real Academia de Medicina.)

Las Plantas Medicinales y sus alcaloides; valor terapéutico comparado: estudio especial de la digital, nuez vómica, colchico y belladona. (Discurso pronunciado en el Colegio Médico-farmacéutico.)

El criterio actual sobre las aguas minero-medicinales y algunas consideraciones higiénicas que del mismo se desprenden. (Discurso de contestación al ingreso del doctor Felipe Cardenal en la Real Academia de Medicina.)

Mecanismos farmacodinámicos de las aguas medicinales naturales.

Pantopón. Contribución a su estudio terapéutico. (Comunicación a la Real Academia de Medicina.)

¿Simplicidad o complejidad en la prescripción médica? (Discurso leído en la Inaugural de la Real Academia de Medicina, año 1911.)

Las Aguas medicinales naturales en el tratamiento de la tuberculosis. (Ponencia.—Primer Congreso Español Internacional de la Tuberculosis.—Sección de Terapéutica.)

Notas de Higiene aplicada.

Bosquejo de programa para un curso de Fisiopatología.

Lecciones de Patología.

Del azul de metileno en Medicina.

Consideraciones sobre el arte de formular.

Barcelona ciudad cardiorenal. (Discurso de contestación al doctor Roig Raventós a su ingreso en la Real Academia de Medicina.)

## Su intervención en Congresos Médicos

Miembro del Comité Internacional de los Congresos de Electrología y Radiología médica.

Miembro del Comité Permanente de los Congresos Internacionales de Fisioterapia y Presidente de los Delegados Españoles.

Representante del Gobierno Español en los Congresos de Electrología de Praga y Fisioterapia de Berlín.

Vicepresidente de Honor en el Congreso Internacional de la Tuberculosis.

Colaboró en la Revista Hidrológica de Madrid y en los Anales de Electrobiología, de Lilla.

Asistente al Congreso Internacional de Lisboa.

Asistente al Congreso Internacional de Budapest.